

2017: Memorias de una lucha

Sergio Asdrúbal Lemus Jiménez²⁰

Graduarse de licenciado es un gran logro. Al salir de la facultad queremos transformar al mundo porque somos conscientes de la gran responsabilidad adquirida junto al título; sin embargo, lentamente notamos que para nuestra sociedad “la licenciatura” —con lo que implica conseguirla— es un grado de categoría inferior, incluso existe quien afirma con desdén que estudiar pedagogía es un consuelo para el que no tuvo un mejor Icfes. A pesar de esto, seguimos sintiendo que nuestro diploma es tan poderoso como una herramienta o tan peligroso como un arma pues, aunque el maestro no conoce a profundidad todos los campos del conocimiento, tiene en su haber la capacidad de preparar el terreno para la siembra, alistarlo para que en él se puedan construir grandes y fuertes edificios o pequeñas y endebles chozas.

Desde el comienzo de la carrera comprendemos la naturaleza política del acto educativo, pero el momento en que esta realidad se hace más evidente es cuando ingresamos al sistema público y tropezamos de frente con cientos de historias en las que se percibe la necesidad de cambios en nuestra sociedad, cambios que solo personas formadas y conscientes podrían alcanzar.

El gremio docente, uno de los más grandes de nuestro país, vive de cerca la realidad crítica de la población de cada colegio; con frecuencia el maestro costea de su pecunio materiales de clase que, de otra manera, llegarían cuando ya no fueran necesarios. Muchos colegas atraviesan selvas y ríos alejándose de sus seres queridos para llegar a una escuela derruida donde trabajan con las uñas mientras sus

20. Profesor (Autor invitado) Colegio Paulo Freire.

estudiantes —que han pasado peores calvarios para llegar a clase— no tienen una alimentación que les aporte los nutrientes necesarios para soportar la dura jornada. No cuentan con los implementos básicos y cada vez están más lejos de los avances tecnológicos, lo que los pone en desventaja frente a aquellos que viven en los estratos altos de las grandes ciudades.

Es aquí cuando nos vemos en la obligación ética de asumir una posición política: ¿seguimos de espaldas a la realidad de nuestros estudiantes, de sus familias, de nuestro país? ¿O enarbolamos las banderas de la lucha contra un gobierno? Que parece no tener entre sus prioridades la disminución de la desigualdad, ya que con medidas regresivas agudiza la pobreza y la exclusión mientras llena los bolsillos de sus benefactores.

La decisión del maestro es clara y contundente, mayoritariamente salimos a las calles y con ello enseñamos a los que vienen detrás que no se puede ser complaciente con la injusticia y que no es posible renunciar a los derechos que han sido conquistados, incluso con sangre, por miles de hombres y mujeres a través de la historia; por eso en 2017, igual que en muchas otras ocasiones, Colombia sintió durante 37 largos días la fuerza de un gremio que buscaba reivindicar, no un salario o sus intereses propios, sino el derecho de todo un país a una mejor distribución de los recursos para dar cobertura a sus necesidades básicas en salud, educación, agua potable y saneamiento básico.

Corría el 11 de mayo, el ambiente estaba enrarecido por los anuncios de un cese indefinido de actividades, de concretarse. Sería mi primer paro como docente en propiedad, pues en los paros de 2014 y 2015, apoyaba solo de corazón a causa del temor a represalias como la pérdida de mis cortos nombramientos en provisionalidad.

Recuerdo que al momento de responder que iba a paro, sentí una mezcla de confianza con restos de ese antiguo temor, no sabía cuán larga sería esta aventura pues en el aire estaba el sentimiento de desconfianza de las bases por el pronto levantamiento de ceses anteriores. Sin embargo, me arriesgué, pues sentía el dolor de escuchar a muchos despotricar de la educación pública y quería hacerles ver que esa baja en calidad que alegaban era el resultado de un proceso

generado a través de los recortes que sufría el presupuesto y de la deuda histórica del Estado, no solo con el sistema educativo, sino con todos los rubros de inversión social.

En los primeros días pensé que el movimiento no duraría demasiado, pues había iniciado un jueves y la proximidad del fin de semana, así como el rumorado descontento con negociaciones de paros anteriores, me hacía pensar que muchos colegas incluso lo tomarían como un puente sin festivo. No obstante, me sorprendió que Fecode convocara la primera “Toma de Bogotá” que ocurrió una semana después; ese día, los silbatos fueron el eco de nuestra voz y la llegada a la plaza de Bolívar fue un breve momento de júbilo tras una larga caminata pues el sentimiento se desvaneció, como de costumbre, entre abrazos de despedida de los compañeros que rompían filas para ir a almorzar. A la noche solo unos pocos permanecían allí y de la toma solo quedaba el nombre.

Después de ese sinsabor, las jornadas estuvieron llenas de momentos en los que crecían la fuerza y la esperanza. En la marcha de antorchas del 25 de mayo por la calle 26, la noche fue nuestro cómplice y pudimos ver a cientos de personas que, a pesar de encontrarse varados dentro de las estaciones del transporte masivo, sacaban sus celulares para guardar la imagen de los miles de velas que marchaban adornando aquella importante avenida; muchos de ellos levantaban su pulgar al paso de la marcha con la intención de decir: “no marchamos, pero estamos con ustedes”.

A partir de ese día, no solo marchamos, sino que bailamos por las calles de la ciudad. Conocimos a la “Batukada Revolucionaria”, un grupo espontáneo de docentes que se convertiría en el alma de aquella fiesta; el batukarro sería en adelante nuestro punto de encuentro para comenzar las movilizaciones y las arengas tradicionales serían reemplazadas por nuevas letras que hasta incluían coreografía.

El movimiento crecía y con esa fuerza llegó una segunda toma de Bogotá. Fue impresionante ver la llegada de maestros de todo el país por los distintos accesos terrestres de la ciudad; el pequeño parlante con micrófono de diadema —con el que mi esposa y yo solíamos mitigar la disfonía— se convirtió en el más poderoso sistema

de amplificación de las consignas que cantamos por turnos mientras nuestra pequeña Lucía bailaba robándose la atención de nuestros colegas que se detenían a pedirnos permiso para tomarle una foto.

Con este nuevo aire, multiplicamos los esfuerzos por dar a conocer nuestra verdad por encima de la versión mediática que solo nos mostraba como los villanos que abandonaban su labor y paralizaban las ciudades, aquellos que obligaban a los padres de familia a buscar estrategias y hasta a incurrir en gastos para ocupar el tiempo libre de sus hijos mientras hacían más difícil el ya terrible tráfico solo por buscar un “aumento de salario”.

Precisamente, la estigmatización fue una de las batallas más grandes que tuvo que librar el movimiento de protesta, fue necesario explicar una y otra vez, hasta en nuestras familias, que no peleábamos por dinero para nosotros sino por mayor inversión en educación. No fue fácil poner en evidencia la necesidad de una reforma al Sistema General de Participaciones, hasta ese momento muchos no conocíamos siquiera el porcentaje del PIB que se dedica a estas obligaciones del Estado.

Esta situación nos llevó a muchos a buscar más información para emprender acciones pedagógicas en nuestros colegios con las comunidades a las que enseñamos. No contábamos con que allí mismo encontraríamos la oposición de los rectores que no permitieron la entrada a las instituciones.

Pero esta fue la oportunidad para mostrar de qué estamos hechos. Recuerdo aquella toma de los barrios el 1 de junio en la que, siendo un neófito en esto de los movimientos sociales, pude vivir la emoción de liderar pequeños grupos de estudiantes y padres al son de las arengas tradicionales como: “amigo mirón únase al montón, su hijo es estudiante y usted trabajador” o “el maestro luchando también está educando”. Mientras atrás de nosotros el tráfico se detenía y desde algún vehículo se oían pitos que parecían animarnos a seguir adelante; esos gestos de apoyo eran el combustible para un movimiento que crecía como incendio y que pondría el tema educativo en las primeras planas de los diarios y en los titulares de los noticieros.

Finalmente, un 16 de junio en la tarde se anunció el acuerdo que pondría fin a nuestras marchas. No logramos nuestro objetivo frente al SGP pero pusimos al país a hablar de la necesidad de hacer esa importante reforma a la Constitución. La imagen de los miles de maestros caminando, gritando y bailando permanecerá en la mente de nuestros estudiantes y sus familias que ahora saben que unidos pueden ser la voz de los que no tienen voz.